Abductio

Alejandra Vega

Image not found.

Capítulo 1

Tira la toalla y lo mira como si de repente fuera a salir corriendo, pero concerba la calma, o tal vez lo pausa el miedo. No sabe si mira un espejo o detrás de la puerta hay una inmensa pantalla, una broma. Entonces todo vuelve a su mente como un repentino flashback.

Tenía cuatro años apenas cuando su madre murió y su abuela lo llevó a vivir lejos del mundo para que su corazón curara. Tenía una cabaña pequeña en un inmenso bosque, al lado de un lago. Esa cabañita de madera le había pertenecido al padre de su padre, de su padre... y como hubiera sido, lo importante era que estaba tan vieja que no poseía ningun artefacto que le recordara aquellaa trágica noche donde su madre regresando del trabajo se quedó dormida al volante del auto.

Durante su larga estancia en el pequeño hogar de bosque de su abuela, había tenido la calma que no hubiera tenido en aquellos funerales negros, donde la gente lo apretaría contra su pecho y compadecería por algo que ni siquiera entendía. Así, que había sido una buena idea que su abuela pasara vestida elegante, de blanco en su coche y no le dijera ni una sola palabra y condujera lejos hasta que todo le pareciera lejano.

Miguel pasaba las tardes sentado en el pequeño porche viendo los pequeños animales escondense detrás de la maleza, buscando inséctos o simplemente en la cama de la abuela escuchando sus relatos, cuántos libros había leído y que había pasado la noche en que el abuelo murió de viejo con una sonrisa.

Fueron aproximadamente 14 meses los que pasó tratándo de olvidar el nombre de la calle en la que vivía y la mirada horrible del vecino que nunca devolvía las pelotas a él ni a sus otros vecinos. Trataba de olvidar las noches en que su madre y su padre se sentaban a la orilla de la cama y lloraban por acontecimientos que él nunca se enteraría, decían. Trataba de imaginar que podría ser tan horrible para asustarlo incluso fuera ya él un adulto o la razón por la que nunca debía enterarse de algo que a él mismo concernía.

Su abuela en cambio no tenía reparo en alentar sus dudas y vagaba entre los caminos del bosque al atardecer respondiendole las preguntas de las que tenía la respuesta o sinceramente diciendole lo que desconocía. Miguel se sorprendía de que su padre nunca le buscara, pero era tal la felicidad que sentía de estar tan lejos de todo que apenas lo pensaba ya lo había olvidado.

La última noche que pasó en la cabaña, su abuela lo acostó en aquel pequeño cuarto en el que había dormido desde que llegaron, lo arropó y le leyó su libro favorito y como siempre se quedó dormido antes de que su

abuela pronunciara "FIN". Estaba tan profundamente dormido y tuvo un sueño magnífico y realista que nunca más en la vida logró olvidar.

Una luz entró por la ventana y le dió justo en los ojos, de pronto sintió un deseo inmenso de salir, como si no dependiera de él, si no de un deseo que poéticamente lo condunciría en silencio hasta en medio del bosque, y así lo hizo. De pronto se encontró pequeño y solo. Era raro para él no sentir un miedo inmenso de estar ahí, en la oscuridad lejos de cualquier persona que pudiera auxiliarlo, sin embargo no sentía nada.

De pronto, detrás de él, de la nada se abrió una puerta que irradiaba la luz de mil soles y él entro y cuando se dió cuenta, el deseo irremediable lo guió hasta una sala inmensa y llena de luz, aturdido miró a su alrededor sintiendo un frio inmenso y pensó estar en una nevera gigante como otro sueño que había tenido alguna vez antes que su madre falleciera. Entonces una mano de cuatro dedos, rasposa y fria tocó la suya, y sintió como un estremecimiento le sacudió entero.

No recordó la cara de aquel extraño nunca, aunque trataba no podía y lo que siguó después del sueño tampoco había permanecido en su memoria. Sin embargo al salir de la ducha él estaba ahí, silencioso y quieto con los ojos hundidos en unas cabidades inmensas y una cabeza enorme de la cual la sombra llegaba hasta sus pies. Y lo miraba fijo como si lo conociera tendiendole la mano verde y fría.

Miguel no movió un milímetro el cuerpo y recordó todas las noches de su vida en las que su madre lo llamaba por la ventana, mientras él ascendía y ascendía hasta el infinito. Y recordó esa habitación-nevera donde tenía citas médicas cuando era niño y esos dedos con garras frios recorriendo su cuerpo pequeño, y luego grande y más tarde adulto, sabiendo que lo había encontrado nuevamente, y no queriendo, tratando de luchar contra si mismo con un miedo incomparable, le tendió la mano...